

## LA ZARZA DE MOISÉS: LA MADUREZ POÉTICA DE PEDRO J. DE LA PEÑA

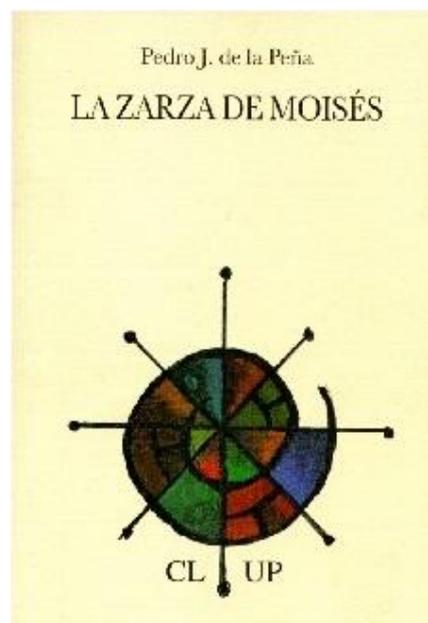
PEDRO G. CUETO

Poeta que ya ha demostrado su buen hacer desde *Círculo del Amor* en 1972, siguiendo con *Teatro del sueño* en 1980 y *El soplo de los dioses* en 1991. Sin olvidar la maravillosa *Poesía Hípica* (1989), donde Pedro J. de la Peña realizó un cuidado y muy emotivo homenaje a los caballos, animal marcado, para el poeta, por el sino de la inmortalidad.

Por todo ello (hay muchos más libros del autor tanto en prosa como en poesía que no voy a citar para no extenderme demasiado en enumerarlos) celebro que haya aparecido *La zarza de Moisés* y que su autor haya conseguido el Premio de Poesía José Hierro a finales del año 2007 en San Sebastián de los Reyes. La publicación del libro, editado por el Ayuntamiento de San Sebastián de los Reyes y el Departamento de Publicaciones de la Universidad Popular José Hierro, es motivo de satisfacción para todos los que amamos la poesía del autor.

El mundo poético de Pedro J. de la Peña está reflejado en este libro donde la experiencia y la sabiduría consiguen aunarse en perfecta comunión.

Pasando al libro, podemos ver que está dividido en tres secciones: la primera, “De Zarzas interiores”, nos adentra en la poesía moral, donde el poeta inicia una aventura hacia el significado de la creación y una



exploración sobre conceptos como virtud o rencor. En la segunda sección, nos habla de la poesía amorosa y lo hace con la pasión que un buen conocedor del amor puede dejarnos a los lectores. No en vano, el título “De amores locos” nos envuelve en el mundo de la fogosidad, como todo estado pasional debe ser para el que lo vive con intensidad.

La tercera y última sección se titula “De clérigos y juglares” y nos conduce a los poetas que De la Peña ha admirado y al significado que tiene la poesía como misterio y revelación del mundo. Aparecen poemas dedicados a Bécquer, Juan Ramón Jiménez, Rubén Darío o Luis Cernuda. Hay, como podemos observar, un deseo de repasar la historia de la poesía a través de poetas esenciales que han dejado una gran huella en nuestra literatura. Pero no olvida el autor a poetas contemporáneos de la talla de Alberti, Luis Rosales, José Hierro y Juan Gil-Albert.

En todos ellos, late un apasionado lector de poesía, un hombre que ha dejado sus ojos y su corazón entre versos por los que ha bebido incesantemente. Sólo así, con esa entrega, se puede lograr la maestría poética que posee el poeta cántabro.

El libro se convierte así en un todo, un mosaico: desde la poesía moral, que quema en el interior del poeta en pos de lo que es debido hacer para alcanzar la virtud, hasta la poesía amorosa, que arrastra a De la Peña por los senderos de lo que se siente al ser herido por el amor. Y, naturalmente, aparece el concepto de poesía, como necesidad, como aliento para respirar y la presencia de los poetas de los que se ha nutrido, en los que ha bebido, para conseguir ese magnífico esfuerzo de ser diferente y, a la vez, tan humano como todos.

El libro logra, por todo ello, una madurez poética que sólo el paso del tiempo puede dar. Hay en muchos poemas sabiduría, conocimiento, lo que conlleva dolor y alegría en partes iguales.

Quiero citar en este estudio algunos de los poemas que componen el libro, aquellos que me han parecido más relevantes, sin que los demás pierdan, por ello, su intención y su valía.

El poema que abre el libro, antes de entrar en la primera sección, merece mi atención. Se titula “La zarza de Moisés” y tiene como tema la sencillez que debe tener la vida. Cito sólo los últimos versos que sirven para entender la esencia del poema: “No creáis nunca más en los altos principios./ Ésta es mi única ley: El sueño es libertad / Arder en él, es vida” (vv. 17-19). En estos versos se resume una idea que expone el poeta desde el principio del poema: no debemos creer en lo grandioso y sí en lo sencillo, porque esto último nos explica la vida y lo otro nos la esconde, magnificándola con sombras y luces que nos ciegan.

Es un buen comienzo para el libro, porque todo el que quiere alcanzar la cima, puede quemarse, derribado por las espinas del camino.

“De zarzas interiores” nos adentra en la poesía moral y lo hace con un poema de gran calado titulado “Lluvia amazónica”. El poema nos habla del prodigio del artista que, envuelto en su poder creador, comité la soberbia de escribir. Sólo así se entiende este poema que nos cala con su fuerza devastadora: “Un rayo es un acento circunflejo / escrito en el cielo con tinta desleída” (vv 1-2). La naturaleza, hecha por el Sumo Creador nos regala el rayo, como al hombre tocado por la inspiración le dota del arte de la palabra.

Pero hay unos versos que dicen mucho sobre este poder que el hombre tiene y que nos deja solos, extrañados, aislados por la fascinación que nos produce nuestra propia creación: “Al inventar el Verbo te conviertes / como Adán, único y solo en el mundo. / Un turbio ángel con su espada de fuego / te expulsará sin piedad del paraíso” (vv. 8-11).

En estos versos conocemos que el hombre crea como el primer habitante del mundo un nuevo lenguaje, solo como Adán ante un mundo

que acaba de ser inventado por Dios: “ese turbio ángel con su espada de fuego”, representa la incompreensión ante lo creado, ante la singularidad del poeta en un mundo que le ignora y al que es indiferente. No hay “piedad” porque el creador paga por su soberbia, por pensar de forma diferente a los demás, en un magnífico ejercicio de libertad: “Has cometido el pecado original / de la soberbia. Sin que haya una sola / manzana que llevarse a los labios” (vv. 12-14). En estos últimos versos, el poeta, como le ocurrió a Adán, paga por su arrojo, ya que el mundo no quiere distinciones, seres que se levanten de la ignorancia original y reflexionen sobre el sentido de la vida. Es en ese espacio donde el poeta y Adán se identifican, ambos son llevados por la tentación, la de la palabra nueva, creada por él en un ejercicio de creación por el poeta, la del pecado, tentado por Eva (la musa) en el primer hombre.

Pedro J. de la Peña logra que el poema nos deje una sensación de duda, nos haga reflexionar ante ese estado único del diferente, nos haga compadecer la absoluta soledad del creador, “expulsado sin piedad del paraíso”.

Pero, cabe preguntarnos, ¿es acaso el paraíso la otra alternativa? Difícil respuesta, pero la intuición nos niega la posible afirmación y nos ofrece la duda, un enigma que lleva consigo el poeta en el misterio de la creación artística.

He elegido otro poema de esta primera sección, donde Pedro J. de la Peña nos ofrece otro poema misterioso, pero lleno de fisuras donde penetra la luz de la inteligencia. Con el símbolo de la noche, al igual que San Juan de la Cruz en “Noche oscura del alma”, el poeta de Reinosa nos envuelve en la atmósfera de la selva, de un espacio que nos atemoriza, pero que nos cobija y nos puede adormecer en pos de la claridad de la creación poética. Dice así el poema titulado “Persecución del miedo”: “Las sombras de los juncos / Dibujan en la arena / Varios tigres furiosos” (vv. 1-3). Vemos que

el poder de la imaginación produce monstruos, nos aterra con sus fantasmas. Y, además, llega el momento de la inspiración, como llega la Musa a nuestro encuentro para embelesarnos y producir, hechizados, la obra de arte: “Con el viento a favor / Aterra esta presencia / Capaz de devorarnos” (vv. 4-6). Nos hallamos en el momento en que empezamos a escribir, cobijados por el poder fantasmagórico de nuestra imaginación. Y se produce en los tres versos siguientes el momento de la escritura, como si el poema fuese una ascensión poderosa que nos lleva a la palabra y a su inmenso poder: “Llega entonces la noche / y los confunde a todos / Salvándome la vida” (vv. 7-9). La noche es el lugar de encuentro, al igual que en San Juan de la Cruz abría la senda que le conducía al alma a la unión mística con Dios.

Y, tras este proceso de ascensión, llega el remanso: “La oscuridad del bambú / Hace ahora más espesos / El viento, el miedo y el enigma” (vv. 10-12). Termina el poema y nos preguntamos: ¿a qué se refiere De la Peña con la palabra enigma? En mi opinión, hace referencia a la poesía, al alumbramiento del poema. La noche como remanso que da luz al que lleva el deseo de crear, le acuna en un proceso de extrañamiento que va a producir la palabra, y de ahí el verso, y en su insólito viaje de la inspiración (tan intenso como el amor místico) el poema.

Sólo así se entiende que esos “tigres furiosos” desaparezcan al llegar la noche, son dudas, temores, vacilaciones, que se producen antes del mágico proceso de crear. De la Peña consigue un bello poema, plenamente metafórico, donde podemos ver dos planos: el real, como una selva donde hay “tigres” y el imaginario, donde el poeta realiza su intenso proceso para crear el poema y salir, de ese modo, a la superficie del mar, recipiente amparado por la presencia completa de la creación, sólo así se cumple el reposo y la calma, al igual que el hombre, tras el arrebatado amoroso, consigue el placer y, tras éste, el sosiego final.

Hay otro poema, “El do de pecho”, donde aparece un tema distinto, la ambición del que busca la fama, del que mataría por ella. Dice De la Peña: “Adelantas el cuerpo, ríes y miras / al trasluz de la araña de falsas velas / elevando tus pies encima de los palcos / para hacer más sonoro el “do de pecho” (vv.12-15). Vemos en estos versos (escogidos del poema) la falsa vanidad, el afán de ser, la petulancia del que quiere triunfar a toda costa.

Y si hubiera alguna duda de esta pretensión, el poeta constata que la ambición del falso artista le corroe: “Si matarías por un aplauso débil / ¿qué no serías capaz de hacer / por una estruendosa ovación?” (vv. 16-18). El poeta, en su afán de moralizar, no juzga al ambicioso con dureza, pero sí con cierta ironía: “Tu delito no es grave, pero enfada /y en vez de sonoro quiquiriquí / en mis ojos resuena el afónico / graznido de un ronco pavo real” (vv. 19-22).

Al fin, la ironía queda manifiesta y el poeta le dice que su afán no da resultado y que todo queda en una tibia y frustrada aspiración.

Pero hay un poema que incide de nuevo en el poder de la creación, se titula “Amor de amapola”. La aparición en el poema de una burbuja como símil perfecto de la aspiración poética que, después de un notable esfuerzo de realización, estalla delante de nosotros, es muy lograda. Dice así: “Esta burbuja asciende, salta fuera / de la cabeza, sopla arriba, estalla / en el azul vacío con su púrpura roja, / abre entera la sangre de la herida” (vv.1-4). El gran poder descriptivo de los versos llega a nosotros para impactarnos, pero si lo leemos con calma, podemos comprender que sólo hay dos posibilidades de interpretación, el acto de creación o el acto amoroso. Estas dos imágenes no se excluyen, ya que todo acto amoroso es creativo, representa un poder exultante del hombre o la mujer en un momento único.

El soneto (pues el poeta cántabro elige esta forma estrófica para dotar al poema del clasicismo que lo emparenta con el Siglo de Oro y el

amor más allá de la muerte de nuestro gran Quevedo) va buscando su sino a través del segundo cuarteto cuando dice: “Esta burbuja se anticipa al beso / -salada y dulce miel- o la devoración / del beso, desarmonía y vómito / certerísimo golpe contra la lucidez” (vv. 5-8).

El acto amoroso o el acto de la creación artística se apresura en muchas ocasiones, tal es el ansia que lleva dentro. Y aún cabe decir más, hay “devoración del beso”, lo que significa, sin duda, un acto de máximo deseo que rompe el equilibrio que aportan los adjetivos que De la Peña utiliza para dotar de hermosura al beso: “salada y dulce miel”. Todos los amantes que se precipitan en el abismo del deseo como el escritor que se pierde en la prisa del poema, son seres que rompen la lucidez y la armonía que supone lo bien macerado, lo que se hace con minuciosidad y cuidado.

En los tercetos la pasión (la burbuja como la llama el poeta) se va a romper y es, precisamente, ese vuelo y esa caída, lo que da sentido al poema y explica su contenido, ya que al igual que el acto amoroso tiene una cadencia, el acto de la creación poética produce un abismo entre lo que se quiere decir y lo que se consigue expresar: “Somnolienta y hermosa, esta burbuja / cae al suelo como un raro equilibrista / que se había emborrachado de éter” (vv. 9-11).

La pasión del amor y la pasión de la escritura es, para el poeta oriundo de Reinosa, ebriedad, palabra mágica que nos recuerda al primer libro del gran Claudio Rodríguez, el Don de la ebriedad, hermoso canto a la dicha de estar vivo.

El resultado de la pasión es la ruptura, el vacío o una soledad que nos turba: “Y explota contra el suelo y estalla en / mil pedazos de turbación, lo mismo que / un campo de amapolas entre trigos” (vv. 12-14).

El final es muy hermoso, ya que este acto de entrega produce belleza, aunque nos duela y nos confunda. Las amapolas, con su colorido, dan al trigo vida, lo arraigan a la sensación de permanecer al mundo, al igual que

el poeta o el amante sienten en la caricia de la persona amada una fuente de afecto, que mitiga un poco la inmensa soledad que se siente después de haber amado.

Hila fino Pedro J. de la Peña y consigue un poema hermoso (en mi opinión, uno de los mejores del libro).

No desmerecen en calidad otros poemas de esta sección como “El lugar del crimen”, un poema que tiene como tema la imaginación, poderosa esencia que tiene el artista o el homenaje que brinda a Shakespeare, influencia muy importante para el poeta cántabro, en “Richard the Third”, donde De la Peña habla de la ambición y de la devastación que produce el excesivo poder.

Merece la pena esta primera parte porque está compuesta con experiencia y elegancia, dejando un poso de sabiduría en los versos.

En la segunda parte titulada “De amores locos”, podemos leer poemas cuyo tema está (lamentablemente) de gran actualidad como “En la red”, donde hace alusión al chat o el poema “De género” cuyo tema son los malos tratos, realidades que nos asaltan cada día para asombrarnos por su crudeza en nuestras cómodas vidas.

Comento, a continuación, un poema muy interesante de esta sección, se titula “Residuos siderales”, se trata de un poema maduro, hecha por un hombre que ha vivido intensamente y que sabido restañar las heridas: “Cuanto el fuego más quema, deja mejor ceniza” (v. 1). Clara alusión a la pasión de vivir, a la entrega absoluta al momento, al presente que es recuerdo tras haberse consumado, como se extingue el cigarrillo tras exhalar su humo en la comisura de nuestros labios.

Hay también una alusión al poder del hombre que conserva su apostura, su elegancia: “Puedes mover centellas con un dedo encantado / como una mala bruja hecho yesca” (vv. 2-3). El poder de la atracción esconde las heridas del tiempo, parece decir sabiamente Pedro J. de la

Peña. Y, como conclusión a ese fuego que nos hace vivir, dice el poeta: “En la hojarasca ardo fugaz como un matojo / para tener derecho al futuro deshielo de los días” (vv. 4-5). Si nuestra vida se ha de acabar, debemos consumirnos en el gozo del momento, nos dice el poeta, haciendo referencia al “carpe diem” de los clásicos. Esta idea penetra en esta parte del libro, pues es la pasión amorosa quien la sustenta. Hay una ebriedad en el amor que no podemos parar, ni siquiera con el transcurrir de los días de nuestra vida.

El poema, breve pero intenso, cala en nuestro interior, como una lección que no se olvida, llena de experiencia y de conocimiento de la pasión amorosa.

Y quiero comentar también otro poema de esta sección “Crónica de amantes”, cuyo título nos recuerda a la novela de Vasco Pratolini: *Crónica de pobres amantes*. De la Peña sabe que no hay mayor adjetivo que el de “amantes”, esencia de la pasión, de la dicha vital. En este poema, sin embargo, fluye el desamor y sí podría incluir el adjetivo pobres. El mismo representa una escena donde vemos el mar y los dos amantes silenciosos (en mi opinión) ya que el fuego amoroso se ha evaporado de sus vidas. Cito, para no extenderme demasiado, los versos más significativos para encontrar el sentido que tiene el poema: “Apenas, al tocarse / arañaban los fuegos interiores / en otro tiempo vivos. / Se iban sintiendo débiles, lloraban / ¿o era la lluvia misma / en el conflicto mudo de los cuerpos?” (vv. 4-9). El poeta se cuestiona, ante tal escena, si queda algo del ayer, de la pasión que les unió. Resulta maravillosa la imagen de la lluvia que calaba los zapatos (en el primer verso del poema) identificada con el llanto que sienten por dentro.

La fusión naturaleza-ser humano logra gran altura en estos versos. La pregunta que hace el poeta es el resultado del enigma que siempre deja el amor, indescifrable en sus fuegos interiores.

Los amantes se van: “Cuando se fueron alejando / seguía el mar brillando con neblina / como un asfalto mustio y doloroso / que deja lentos grises desteñidos / en la pupila quieta” (vv.10-14). Parece como si alguien les mirase en su desamor, la neblina del mar es símbolo de la melancolía que sienten los amantes, desvalidos por la ausencia del antiguo amor.

El silencio del amor se intuye en los siguientes versos, ya que no hay nada más atroz (parece decir el poeta) que esa ausencia de comunicación, esa lucha de dos seres que se han aislado de todo contacto verbal: “El rastro que les queda de sus besos / ya no afluye a la boca temblorosa / aunque sí en su desdicha” (vv. 16-18).

El poso de semejante amargura condiciona ya sus vidas, los invade en una soledad definitiva: “Por eso ahora, si besan otros labios / un pensamiento acude a su ternura: / sólo la soledad es verdadera” (vv. 19-21).

La figura del otro: “besan otros labios” es demoledora, una vez que el desamor ha llegado, ya no nos abandona, deja su huella en nuestros actos y en futuros amores, es una experiencia que nos deja heridos para siempre.

El poema es realmente hermoso y la identificación de la naturaleza (la lluvia como símbolo del dolor, el mar y la niebla como metáfora de la melancolía) con los amantes me parece magistral.

No quiero dejar de citar el bello juego que De la Peña recrea en el poema titulado “Las verdades del loco” donde agradece, a la primera y última mujer de su vida, los dones que ha recibido. Este acto de amor refleja muy bien el sentido de esta parte del libro, ya que, en mi opinión, el poeta canta a la experiencia amorosa y a sus rastros, a los posos que han dejado en el alma y en su piel.

Si la primera mujer “le quitó los temores del placer y la carne” y le dejó todo “menos la esencia de un perfume / capaz de reinventar tu cuerpo entero / en todos los rincones” (vv. 8-10) , la última le produce una fuerza, un aliento, un empuje que le da vida, juventud y la fogosidad que creía

haber perdido: “A ti, que te perdiste en mis abismos / confundiendo mi noche con tu día / tu sol con mis estrellas, / tu amor con mi oquedad” (vv.14-17). Si el poeta es la noche, las estrellas, la oquedad, porque lleva detrás la capacidad de mirar sin la presencia de la luz, de adivinar a ciegas el mundo (tocado por la experiencia), la mujer es la luz, día, sol, es decir, realidades que le revitalizan, que le entregan el placer de lo recién vivido.

Todo se conjuga en un alarde de experiencia y, desde la sabiduría del tiempo, el poeta encuentra al niño desde el hombre que envejece en unos versos muy hermosos: “A ti, que me buscaste y encontraste, / por devolverme al niño que yo fui / preparándome así para la muerte” (vv. 18-20). Magnífico final donde se aúna lo que hemos sido y lo que somos, como si la inocencia perdida nos arrullase de nuevo.

Esta sección dedicada a los amores locos nos deja una honda sensación, como si nos hiriese en la profundidad que supone todo amor que el tiempo ha ido deshaciendo, deshilachando, como si no quedasen más que briznas de lo ya vivido.

Hay poemas que merecen nuestra atención como “Ella no logra decir una palabra”, bello homenaje a la mujer que ha perdido la memoria, que ha vaciado el hermoso recipiente del recuerdo o “Amore Mare”, otro bello poema donde vuelve la sensación que nos dejó la “Crónica de amantes”, ese vacío del amor ido para siempre.

Y, con un matiz irónico que nos deja asombrados, el “Imago Mortis” donde el deseo sexual conlleva un riesgo mortal. El humor negro del poema nos demuestra que De la Peña es un poeta que no elude desde el mayor lirismo a la sonrisa teñida de ironía, como si su sabiduría le llevase desde el carácter apasionado a la objetividad mayor, mirando al mundo desde dentro (en total entrega) y desde fuera (como si contemplase un escenario de titiriteros).

Y llega el último apartado del libro titulado “De clérigos y juglares”, donde el poeta cántabro nos habla de vates amados y de poesía. Si en la primera parte, el motivo era la creación artística y algunos poemas morales, en la segunda el amor lo envuelve todo, en la tercera, la que nos ocupa, hay un resumen de las anteriores: no desdeña el juicio moral al criticar actitudes y conductas y, a la vez, se muestra apasionado, porque habla de lo que más ama: la palabra poética.

He elegido “Ladrón de fuego: el poeta”, un bello poema donde Pedro J. de la Peña reflexiona sobre el acto de crear y también dos poemas que llenan mis preferencias poéticas y sentimentales (pese al interés y a la gran admiración que me han despertado siempre Bécquer, Cernuda o Juan Ramón Jiménez), me refiero a los titulados “José Hierro respira con dificultad” y “Gil-Albert calla definitivamente”, dos poemas muy sinceros y muy hondos donde la gran calidad humana del poeta de Reinosa brilla con luz propia.

Esta sección está llena de cariño por la poesía, pero también de desprecio hacia aquellos que la manipulan, que no la sienten realmente (magnífico el tono del poema “La habilidad de los monos”, como crítica a los poetas actuales que no esconden nada más que artificio y vacío en sus versos), sin olvidar la crítica a la corte de falsos admiradores que destruyen con su ignominia al ídolo que pretenden ensalzar en “Luis Cernuda devorado por lobos”.

Pero quiero citar unos versos de “Ladrón de fuego: el poeta” cuando dice: “Este río de luz que viene de tan lejos / con tanta claridad: ¿cómo hacerlo visible?” (vv. 1-2). Se refiere a la poesía, mágico influjo que llega al poeta para alumbrar el instante único de la creación.

La poesía es inmaterial, vive en el espíritu, nos condena a sensaciones intangibles. De la Peña lo sabe y, en busca de una manifestación visible del acto poético, dice: “Inventaré unas piedras en su

lecho / unos guijarros a ambos lados / de sus riberas, un puente de suspiros / bajo un arquitrabe veneciano / y por ahí lo haré pasar / para que todos noten su existencia” (vv. 6-11). La poesía está llena de amor: “un puente de suspiros” y de pasión, la referencia al lecho. El deseo de que el acto poético sea visible le lleva al poeta a esa búsqueda entre piedras, guijarros, puentes.

Es interesante y digna de atención esa referencia a elementos de piedra porque De la Peña es consciente del influjo poético, poderoso e inmenso, tan fuerte como para conmover a lo más insensible. La piedra, como nos recordó el gran poeta nicaragüense Rubén Darío en el poema “Lo fatal” es el elemento más inerte que podemos encontrar, libre de la angustia existencial del ser humano: “Dichoso el árbol que es apenas sensitivo / y más la piedra dura porque esa ya no siente” (vv.1-2), perteneciente a su gran obra *Cantos de vida y esperanza* (1905). Para De la Peña la poesía es vida, un acto de amor (muy idónea la mención del arquitrabe veneciano, ciudad romántica y melancólica por excelencia, como pudimos apreciar al leer la gran novela de Thomas Mann *La muerte en Venecia* y al ver la película magistral que Visconti hizo de ella).

La poesía es todo, por ello dice: “El fuego es agua y tierra y aire / como la misma voz que los confunde / y los redobla en su esplendor / usando misteriosas palabras” (vv. 12-15). El poeta sabe que la poesía contiene toda la Naturaleza, su espíritu está hecho de los elementos que componen el mundo y lo hace a través de “misteriosas palabras”, una magnífica alusión a la ambigüedad de significados del poema, cuya esencia se halla en cada uno de los lectores del mismo.

Para el poeta de Reinosa no hay objetivo más alto que el don poético: “Ése es mi corazón, ésa la tarea / única del poeta: / hacer visible la belleza invisible” (vv. 16-18). El vate tiene una alta misión, conseguir que lo emotivo se haga carne, materia y así realizar el hermoso ejercicio del poema.

Pero como toda obra de arte, la poesía es un espejismo. El poeta sabe que el momento de la creación, como el éxtasis amoroso, está lleno de satisfacción, pero también de soledad, ya que la realidad que lo sustenta es nuestra propia esencia, compuesta de vida y de muerte. Por ello, dice: “Y dormir el engañoso sueño / de haberlo conseguido” (vv. 19-20).

Sería un verdadero triunfo si no fuese un engañoso sueño, porque el arte poético siempre resbala sobre nosotros, nos ofrece la certeza de nuestra propia temporalidad, de la imperfección de nuestra propia existencia.

En mi opinión, Pedro J. de la Peña crea un gran poema, donde se expresa muy bien qué significa la poesía y cuán ardua es la labor del poeta: buscar que lo eterno permanezca, dotar de inmortalidad a lo que ha creado un ser humano.

No quiero terminar este repaso por el libro sin referirme a dos poemas de alto calado emotivo, porque suponen un canto admirativo a dos figuras irrepetibles en el panorama de nuestras letras: José Hierro y Juan Gil-Albert. Si el primero nos dejó una poesía hermosa y llena de emotividad, el segundo ha expresado, como muy pocos, qué significa la dedicación poética, cómo debe un hombre aferrarse a lo que ama y qué inmenso sacrificio debe hacer para ser fiel a sí mismo.

El poema a José Hierro se titula “José Hierro respira con dificultad”, cito los versos que me parecen más relevantes: “Hablaba ya quebrado / desde una póstuma existencia / quién sabe si real o alucinada. / Y sin embargo seguía siendo / el ser más vivo que nunca conocí” (vv. 1-5).

De la Peña nos habla desde el afecto, retrata muy bien a un hombre que se iba muriendo: “Hablaba ya quebrado / desde una póstuma existencia”, pero cuya vida era tan real, tan apasionada que no se le notaba su extinción.

Me gustan mucho los versos que siguen: “Él inventaba las palabras nuevas / como “amistad”, “otoño” y “música” / que nadie había dicho con

verdad mayor” (vv. 6-8). El lenguaje deja de ser algo convencional cuando lo pronunciaba un hombre único, inmenso, como era José Hierro, nos dice el poeta de Reinosa.

José Hierro vivió el dolor, una vida llena de penurias, pero también de pletóricas satisfacciones: “Y el corazón de acero no pudo resistir / tanta vida, tanta cárcel, tanto odio / que lo había asediado desde su juventud” (vv. 14-16).

Si la Guerra Civil y la cárcel mermaron al poeta, su ganas de vivir eran tan poderosas que siguió luchando, bravo como su temperamento y el mar cántabro de su juventud. El rencor no asoló su mirada, nos dice De la Peña: <“Pero él no odiaba, no sabía otra cosa que / amar su minifundio, sus gentes, sus amigos, / sus nietas y allegados al solar común / de “Nayagua”> (vv. 17-20). De nuevo, el amor, la compañía, el don de gentes del buen hombre, noble y auténtico que fue José Hierro y Nayagua, su lugar amado, el verdadero paraíso en la tierra. Este nombre nos recuerda a los edenés de otros poetas, como el de Luis Cernuda, llamado Sansueña o el de Francisco Brines, cuyo edén es Elca.

El poema nos habla también del poder del vino y el tabaco, aliados de su vida, pero aniquiladores de su salud. Quiero citar los últimos versos escritos con gran belleza, donde vemos el amor y el cariño que De la Peña tuvo hacia una figura irreplicable como Hierro: “Sabemos, por sus versos, que vive aún, / que no podrá morir nunca jamás, / que era una fuerza bruta y delicada, / una fuerza cantábrica y bravía / como el mar que él amó” (vv. 30-34). Qué mejor manera de acabar el poema que este sentido homenaje al poeta cuyos versos son ya inmortales, donde unió su amor por la poesía y la música y su cariño hacia los demás seres humanos. Esa enorme humanidad es cantada por el poeta de Reinosa y, como era de esperar, los últimos versos son un tributo a una hermosa tierra que les unió, tierra natal de

Pedro J. de la Peña y tierra adoptiva de José Hierro: “una fuerza cantábrica y bravía / como el mar que él amó”.

En mi opinión, la referencia final al mar está cargada de sentido, ya que el mar es misterio, como la poesía, es vida, como nuestro aliento en la tierra. La existencia de un hombre único como José Hierro merecía un homenaje tan delicado y hermoso como el que le brinda, con extrema sensibilidad, Pedro J. de la Peña.

Y no quisiera terminar este estudio al último libro del poeta cántabro, sin referirme a otro gran amigo y poeta, admiradísimo por él y por el que escribe estas líneas: Juan Gil-Albert. La gran amistad que les unió queda reflejada en este poema crítico, duro, pero hermoso, donde la figura del poeta de Alcoy queda totalmente impregnada en nuestro espíritu.

El poema se titula “Gil-Albert calla definitivamente” y, aunque me gustaría citarlo en su totalidad, he elegido los versos que más me han impresionado: “No fue tu exilio tu silencio más largo / sino el aplauso de las gentes / que nunca te leyeron” (vv. 1-3). Esta crítica ya nos dice mucho, el poeta alcoyano soportó la hipocresía de los oportunistas que, sin tener interés en él ni en su obra, le dieron un sí postizo y engañoso.

Me gusta, sobre todo, cuando dice De la Peña lo siguiente: “Tú no fuiste de nadie que no fuera, tú mismo. / En esa libertad vivías enteramente solo / y silencioso / hasta que te sacaron a la rifa / momentánea del éxito” (vv. 10-14).

La mentira de la fama que sufrió Gil-Albert, el aplauso fingido, la hipócrita alabanza de tantos, pero la ética del poeta anulaba a todos, ensombrecía a los necios que le ensalzaban sin leerle, sin entender, ni atisbar, qué significa la poesía en la vida de un hombre que se entrega por entero a ella. La alusión a “rifa” para mencionar el éxito efímero es muy oportuna, porque en ese mundo de necios, el poeta se salda en la feria de las vanidades. Afortunadamente, para los que admiramos y queremos a Gil-

Albert su espíritu nunca será traicionado por ese detestable vodevil: “Querido Juan, ¿cómo no imaginar / tu confusión de griego entre romanos / en ese desamparo del instante / del halago del necio / que es peor que el insulto?” (vv. 15-19).

De la Peña dialoga con su amigo y le ofrece el mayor tributo que puede darle a una figura que amó el mundo helénico: griego, ya que este término define muy bien cual era el pensamiento del poeta de Alcoy.

La alusión en los siguientes versos a la voz de Juan Gil-Albert me emociona y me acerca aún más a esta figura irreplicable, como lo fue José Hierro: “Era grave, próxima y cadenciosa, / sin la prisa que corre por el mundo / y sin la ligereza de los que se mueven / hacia ninguna parte. / ¡Cómo pudieron confundirte con ellos!” (vv. 23-27).

La figura del poeta, su voz pausada que recreaba los momentos del pasado, que hacía del ocio una forma de vida, una manera de estar en el mundo. La alta calidad humana e intelectual de Gil-Albert lleva a Pedro J. de la Peña a indignarse ante la más remota posibilidad de confundir al oro (Gil-Albert) con la bisutería de los necios que le aplaudieron.

El dolor llega en los últimos versos, la pérdida de la memoria que sufrió el poeta en los últimos años y que dejó una herida honda en sus verdaderos amigos: “Ya en la cama, en las últimas visitas, / te quedabas callado ciegamente, / con las manos mudas, cruzadas, / mirando al infinito” (vv. 28-31).

Si la voz del poeta era un regalo para sus amigos, sus manos finas y delicadas que perdieron la capacidad de escribir (tantas obras irreplicables) son una huella imborrable en ese mundo del dolor que soportó los últimos años.

Aparece de nuevo la palabra “silencio”, el que tuvo que soportar en sus años de anonimato mientras fraguaba una obra fecunda y hermosa, pero este último silencio, el de la ausencia de la memoria le hace aún más digno,

mientras los predicadores de salón siguen alabando al que apenas conocieron: “Era el tuyo el silencio de un espíritu elegante / mientras soporta la inapelable banalidad del mundo” (vv. 32-33).

Magnífico final para este poema homenaje al que fuera su gran amigo. La alusión al “espíritu elegante” es muy brillante, ya que el dandismo del poeta era una actitud ante la vida, reflejaba su espíritu, su alto sentido del detalle y de lo bien hecho. Los otros, los necios, son la “banalidad”, seres que pasan de soslayo por el mundo, incapaces de adentrarse en un espíritu pulcro y perfeccionista como el que tuvo Juan Gil-Albert.

Hay otros hermosos homenajes en el libro, como el que le dedica a Juan Ramón Jiménez en “Juan Ramón Jiménez ve amanecer” o el de Rubén Darío, magnífico e inigualable poeta que abrió el Modernismo a nuestras letras, en un poema muy marcado por la presencia que el mundo cortesano y refinado tuvo en la vida y la obra de Darío, se titula “Me tomo unas copas con Rubén Darío”.

Es digno de mención el poema “Luis Rosales nos abre la puerta de su casa”, donde podemos conocer un poco mejor la humanidad de un hombre marcado por los bulos y la falsa historia, pero lleno de buena y honda poesía como fue Luis Rosales. Y no quiero dejar de citar el último poema del libro dedicado a Antonio Machado, titulado “Último retrato de Don Antonio Machado”, donde la voz del poeta suena en su mejor tono, la rima, que tanto y tan bien practicó el poeta andaluz.

En definitiva, estamos ante un gran libro de Pedro J. de la Peña, donde nos regala un hermoso testimonio de lo humano, reflejado en el arte de crear y en la poesía moral que componen la primera sección, en la pasión que lleva el amor y en su acabamiento, el desamor, en la segunda, y, como colofón, una meditación sobre la poesía, ejercicio al que ha entregado su vida, en el que se ha desangrado y en el cual ha sufrido la herida más

honda, en el último apartado. La referencia a los poetas que han marcado su obra, como influencias necesarias, me parece muy brillante. Y, desde luego, el testimonio de la amistad como fondo en los poemas dedicados a José Hierro y a Juan Gil-Albert, llenos de emoción y lirismo.

Celebro este libro, porque, como su título indica, es fruto de una pasión que arde y que no se ha consumido, el gusto por la poesía y por la vida. Con *La zarza de Moisés*, Pedro J. de la Peña nos habla con el corazón y con la inteligencia, como sólo lo hacen los verdaderos poetas. Bienvenido sea.